

alterado con la introducción de muchas palabras alemanas, albanesas, húngaras y turcas.

Representan las tradiciones á los eslavos como una nación tranquila, amante del trabajo y de la vida doméstica, y que apenas había encontrado en su tránsito un lugar conveniente, se estableció allí para dedicarse á la agricultura, sin buscar querrela á sus vecinos. Su hospitalidad era llevada hasta tal punto, que, al partir para un viaje, dejaban la puerta abierta, leña en el hogar y provisiones sobre el aparador. Tan gallardos como robustos, y de una agilidad pasmosa, podían permanecer días enteros agachados bajo las raíces de un árbol para acechar la caza ó el enemigo, y estar largas horas bajo el agua, respirando por medio de una caña que tenían en la boca.

Como acontece en el día, el canto era entonces una necesidad para ellos. Procopo cuenta que los griegos los sorprendieron en su campamento y los pusieron en derrota, porque se habían dormido después de haber estado cantando la mitad de la noche. Tres ávaros, hechos prisioneros por los griegos y enviados en embajada al Kakan, no tomaron lanza ni espada, sino la *guzla*, guitarra nacional, diciendo: «Tal es el uso de nuestra nación. El país no nos provee de hierro ni de cobre; nuestras costumbres no son belicosas, no nos ejercitamos en manejar la lanza ni la espada, ni nos ocupamos más que de cuidar rebaños.»

Sin embargo, les vemos por otra parte mostrarse formidables guerreros. Hacen remontar su origen á Antiro, compañero de Alejandro Magno; y un elogio de éste héroe, hallado en el claustro de Doberan, cuando Waldstein invadió el Mecklemburgo, no respira más que sangre y fiereza. «El valor no conoce reposo; jamás duerme en un lecho; se refriega con sangre. Aquellos valientes se lanzaban con intrepidez al campo de batalla y abatían á sus más feroces adversarios. Antiro, guerrero de maravillosa audacia, amaba las alabanzas concedidas á los combates encarnizados y á las valerosas proezas. Jamás pudo despojarle nadie de su pesada armadura, tanta era su lozanía. Si tenía que defender á un amigo corría al encuentro de las filas contrarias. Usaba de palabras dulces con aquellos á quienes protegía; pero cuando se engolfaba en la pelea, su ter-

rrible mirada centelleaba y su boca exhalaba fuego. Blandía una cortante espada que hacía brotar ríos de sangre, y no sanaba ninguno que fuera tocado con ella; sólida espada que jamás pudo romperse. Infeliz del que se exponía á sus golpes. Apenas tocaba algún cuerpo se sentía atravesado de parte á parte. Antiro gastaba armas enteramente negras y un casco de sorprendente blancura; su escudo era tan pesado que mil ginetes no habían podido arrancárselo; tenía en el dedo un anillo que le daba la fuerza de cincuenta hombres, y con su ayuda daba cima á acciones prodigiosas.»

A esta fiereza belicosa, más bien que á tradiciones de dulzura, se refieren los hechos consumados por los eslavos, á contar desde el momento en que se les encuentra en la historia europea; ya han cambiado el chuzo y la hacha por la lanza y la espada; para hacerse temibles á sus vecinos, malos, truhanes, crueles. Después del combate se complacían en atormentar á los prisioneros y se divertían con sus angustias; después de terminado un ajuste asaltaban al vendedor y le arrancaban por fuerza el dinero que le habían dado espontáneamente. Tiranos domésticos no aplicaban ninguna pena al asesino de una mujer; el marido dormía en el lecho, mientras que las mujeres dormían desnudas en el suelo á su lado; y cuando moría debían matarse ó quemarse con él. ¿Eran, pues, muy delincuentes las madres cuando á menudo degollaban á las hijas á quienes acababan de dar á la luz del mundo?

Su religión tiene muchas analogías con las del Asia; son símbolo del bien y del mal la luz y las tinieblas; de suerte que blanco (*bielo*) significa glorioso, favorable; negro (*cerno*) cruel, peligroso. Las divinidades de segundo orden en parte negras y en parte blancas, dependen del Ser Supremo *Zvantevith* (aspecto santo) ó de *Tiglava* (trinidad); las blancas son bienhechoras por sus consejos; las negras se muestran malélicas por el poder mágico y por sugerencias funestas. *Cernebock* (dios negro) está representado bajo la forma de un lobo furioso, ó bajo la figura de un hombre que sostiene un tizon en la mano; para conjurar su cólera se le sacrificaban hasta víctimas humanas. *Bielbog* (dios blanco) de frente serena y radiante rostro, tenía su culto principal en la isla de Rugen.

Allí en medio de la ciudad se alzaba su templo cercado con un doble recinto; su estatua tenía cuatro caras vueltas hácia los puntos cardinales; llevaba también el dios una espada en el cinto y un cuerno en la mano derecha que se llenaba de vino en los días solemnes, para sacar de allí un augurio sobre la abundancia de cosecha.

Cada año se celebraban tres solemnidades por el pueblo entero con cantos, danzas y sacrificios. Una en el solsticio de invierno como el Jul de los escandinavos y la fiesta de Navidad de los cristianos; otra por la primavera en conmemoración de los muertos; la tercera en la época de la cosecha. En la víspera de ésta última entraba el pontífice en el templo para barrerle; pero no se atrevía á respirar allí el aire sagrado y corría á la puerta cada vez que tenía necesidad de tomar aliento. Al día siguiente se agrupaba en tropel el pueblo en redor del santo edificio; miraba el sacerdote en el cuerno, que el dios tenía en la mano, si el licor no había disminuido, en cuyo caso sacaba un favorable agüero. Después derramaba nuevamente delante del dios algunas gotas; llenaba la copa y la bebía á la salud del pueblo. Por último la llenaba otra vez y se la presentaba al dios, á quien se ofrecía á los pocos momentos una estatua de pasta de natural tamaño.

Trescientos caballeros estaban destinados á escoltar al dios, y un caballo blanco sin mancha á servirle de cabalgadura; pero no le montaba más que de noche, y le hacía correr tanto que por la mañana se le encontraba inundado de sudor y jadeando. Si se pensaba en la guerra eran llevadas delante del templo seis lanzas y se plantaban en la tierra; enseguida el sacerdote conducía allí el caballo sagrado y hacía que las saltara; era propicio ó siniestro el augurio, según había levantado primero la pata derecha ó la pata izquierda.

Existía en la propia isla un dios con siete caras sobre una misma cabeza, teniendo siete espadas en el cinto y una en la mano; también adoraba allí á un dios con cuatro caras sobre los hombros y una en el pecho; llamábase Porcnut.

En medio de una selva, de donde nadie se hubiera atrevido á arrancar una rama, en la

provincia de Redarier (Mecklemburgo-Strelitz), hallaba un recinto triangular con una ancha puerta en cada una de sus esquinas; dos de aquellas puertas estaban siempre abiertas de par en par, y la tercera cerrada de continuo. Encerraba el recinto un templo sostenido por pilares semejantes á cuernos de animales; cubrían los muros varias esculturas que representaban á los dioses y á las diosas, cuyas estatuas se veían en lo interior todos revestidos de armaduras. Allí se conservaban las banderas; sólo los sacerdotes podían sacrificar y sentarse en aquel punto, mientras permanecía en pie el pueblo. En caso de peligro se prosternaban los sacerdotes tocando en el suelo con su rostro, y acercando sus labios á una abertura practicada en tierra, formulaban su súplica; obtenida la respuesta se la repetían al pueblo, después de tapar de nuevo el agujero con una mata de césped.

En Rethra, en la misma provincia, se tributaba un culto particular á Radigardt (*consejero*), dios del Sol, del honor y de la fuerza; se le representaba de oro, envuelto en una piel de búfalo y con la lanza en una mano. Sieba (Siwa) presida á la fecundidad y al amor; era una doncella desnuda, teniendo por único velo su cabellera que bajaba hasta sus rodillas, una manzana en la mano derecha, y un racimo de uvas en la izquierda.

Para juzgar se dirigía el rey á la selva, donde se alzaba el templo de Prowe, dios de la justicia. Salvábase el reo que conseguía refugiarse en medio de aquellas sagradas sombras. Filins, dios de la muerte, era representado bajo la figura de un esqueleto, con un león sobre sus hombros.

Además adoraban los eslavos á la naturaleza; consultaban acerca del porvenir á las fuentes y á las encinas sagradas. El que quería interrogar al oráculo sacrificaba á los dioses, á fin de tenerlos propicios, bueyes y ovejas de que el sacerdote tomaba la mejor parte; lo demás era para el pueblo. Después del holocausto se arojaban al aire pedacillos de madera, negros por un lado y blancos por otro; era señal favorable si caían por el lado blanco.

Para subvenir á su sostenimiento y al templo, los sacerdotes, que eran sumamente poderosos, alzaban un impuesto sobre cada indivi-



duo. Además tenían derecho á la tercera parte del botín hecho en las expediciones. Ante todo eran jueces y legisladores; dirigían todos los actos de la vaivoda ó rey, hacían siempre intervenir la voluntad de los dioses, y tenían el tesoro público bajo su custodia.

En las tribus que, á semejanza de los obo-tritos, tenían un rey, era elegido por el pueblo; trepando á una roca, ponía su mano en la de un hombre de la tribu, y juraba fidelidad á las costumbres y á la religión del país. Siempre podía el pueblo arrancarle la autoridad y la vida; imputándole á veces los desastres públicos era sacrificado á los dioses. Por muy poderosa que fuera la clase de los guerreros, cedía mucho en influjo á la de los sacerdotes; éstos estaban constituidos en gerarquía con un jefe ó patriarca á su cabeza; llamábanle los obo-tritos *crime*, es decir, juez, por que cabalmente deducía su importancia de la justicia que administraba, y de los oráculos de que se hacía órgano.

La historia de los eslavos no es más que una serie no interrumpida de guerras interiores y exteriores, hasta la época en que se les llevó el cristianismo, no sin penosos esfuerzos; sólo en el año 1183 abolió Enrique Leon, duque de Sajonia, en la isla de Rugen los sacrificios humanos.

Más allá del territorio habitado por los eslavos vivían tranquilas é ignorantes otras naciones en los países que forman actualmente la Prusia y la Lituania, á saber: los estios, que enviaron ámbar amarillo al rey de los ostrogodos Teodorico; los samogitos, los galindos, los viduarios. Más al Este residían los pueblos de raza finesa. Su historia nos obliga á fijar nuestras miradas en el Asia Central, para observar allí y seguir de Levante á Poniente aquel movimiento que, en tiempos más antiguos, había empujado hácia Europa á los pelasgos y á los cimbras de origen escítico.

La nación, que por el tiempo de Abraham invadió el Asia Occidental, entrando una parte de ella en Europa y replegándose la otra hácia el Norte del Asia, debía ser de raza finesa. Algunos residuos de la primera (únicos pueblos de raza semítica que habían sentado el pié en Europa), permanecen todavía en la Laponia, en la Finlandia, en la Suecia y en el Norte de la

Noruega, donde penetraron por el paso abierto entre el Cáucaso y el Euxino.

Sería imposible señalar el camino seguido por aquellos que se dirigieron hácia el Nordeste del Asia, en la escasez absoluta en que estamos de noticias europeas, si los chinos no nos suministraran luces sobre este punto. Al Oeste del grande imperio del centro se ven aparecer desde los primeros tiempos históricos naciones tebeitanas, tales como los *sanmiaos* ó tres miaoos, que repelidos de la China, de la que fueron constantes enemigos, se retiraron hácia las encumbradas montañas del Schen-sy y fueron llamados *hiang*.

Tres siglos antes de Jesucristo, una nación tebeitana, llamada *Yue chi*, habitaba entre el monte *Nan-chan* y el *Huany-ho* superior; habiendo vencido á los *hiang-nou* se estableció al Sur de *Nan-chan*, bajo el nombre de pequeños *Yue-chi*, á la par que otros tebeitianos se reunieron al Occidente del Asia central bajo el de grandes *Yue-chi* (155 despues de Jesucristo); habiendo cruzado estos últimos más tarde el Iaxarto, arrollaron á los alanos hácia el Occidente y ocuparon la Transoxiana y la Bactriana; de este modo se extendió su vasto reino hasta el de los partos. Continuamente inquietados en aquel territorio por los *hiang-nous*, pasaron al Kabul, en el Kandahar, y á las dos orillas del Indo; los antiguos conocieron aquel pueblo bajo el nombre de indo-escitas, y nosotros los llamamos afghanes.

Los *hiang-yung*, descendidos del grande Altai, fueron llamados en el siglo III por los chinos *hiang-nous*, detestables esclavos. Algunos de ellos se encaminaron hácia el Oriente hasta la cordillera de Bolor, donde tienen nacimiento el Oxo y el Iaxarto; otros condujeron sus rebaños al Sudoeste, hácia la vertiente septentrional del *Schen-sy*; de ellos salieron diferentes pueblos conocidos bajo el nombre de tu-kiou, tieles, ouigouros, oeius, toukischí, gaznevides, seldjoucidas, actualmente los osmanos.

Al Norte de Ienissis superior habitaban los samoyedas, nación oscura; y al Oriente de éstos, en rededor del lago Baikas, las tribus nó-madas de los tatas, tronco de los mongoles. La mezcla de los *sian-pis* con los *hiang-nous*, en la Mongolia Oriental, produjo diferentes pueblos, á los cuales fué comun el nombre de Sain-pis.

Al Norte de los Samoyedas estaban los tungusos (*tuong-nous*), es decir, bárbaros orientales, de que formaban parte los kitanos, los mohos, los youchin y los mantchués, que reinan actualmente en la China.

Esta ojeada sobre los pueblos de la Alta Asia era necesaria, puesto que sus movimientos se hicieron sentir en Europa; ménos directamente, sin embargo de lo que pretenden aquellos que confunden á los *hiang-nous* con los hunos. Como dijimos respecto de los ávaros, es más probable que los hunos salieran de aquella familia finesa que se dirigió hácia el Noroeste del Asia, así como los ogress, los votiagos y los vógulos, fijados hoy día en los alrededores de los montes Ourales y de la Siberia. Cuando derrotados los *hiang-nous* por los *sian-pis* se vieron obligados á cederles el puesto, fueron á chocar contra los hunos que se arrojaron sobre Europa. Los tu-kiou, formados de los restos de los *hiang-nous*, desposeyeron á los ávaros de sus tierras ouralianas, y los redujeron á cruzar el Volga; entonces fué cuando sus dos tribus de *vors* y de *kunnes*, designadas más frecuentemente con el nombre comun de *varhounitas*, penetraron en Europa y tomaron el temido nombre de ávaros (557). Habiéndose aproximado al Cáucaso y al territorio de los alanos y de los circasianos, y oyendo hablar allí de los romanos, hicieron que se les encaminara hácia su territorio. Al llegar sus embajadores á Constantinopla, corrió la ciudad entera á contemplar su extraño rostro, y sus cabellos cayendo en largas trenzas por sus espaldas con nudos de cintas.

Condish, jefe de la embajada, dijo á Justiniano: «Somos enviados por los ávaros, nación «la mas numerosa y prepotente; como estamos «dispuestos á ponernos á vuestro servicio para «defenderos ó para destruir á vuestros enemigos, nos dareis subsidios y posesiones.»

No osó Justiniano negarles su demanda; les despidió cargados de presentes, excitándoles á hacer la guerra á los enemigos del imperio; en su consecuencia atravesaron el Tanais y el Boristenes, penetraron en el corazón de la Germania, é hicieron alto junto al Elba y el Danubio.

Los hunos, propiamente dichos, que arrollaron á los germanos hácia el Occidente, cam-

biaron la faz de todo el país que se extiende entre el Elba y el Vístula; pero vencidos á su vez fueron arrojados á la Rusia Meridional, donde se establecieron á orillas del Mar Negro. Una de sus tribus eran los akatsiros, llamados después khazaros, así como los estálcos, al Este del Mar Caspio; á causa de sus costumbres bastante dulces y de tener ciudades fueron designados con el nombre de hunos blancos. Habían roto toda clase de relaciones con los hunos occidentales; y como el país que ocupaban estaba bajo la dependencia de los turcos tieles, se les tomó á ellos con frecuencia también por turcos.

Pertenecen á la raza finesa los kutri-guros: en seguida fueron llamados búlgaros, del Bulgan ó Volga, á cuya orilla izquierda andaban errantes, por el país que aún conserva el nombre de gran Bulgaria, antes de trasladarse á Palus-Meótidas, y junto al Kuban. A la caída de Atila intentaron restaurar su imperio y cruzaron el Danubio, si bien fueron batidos (487) por los ostrogodos, cuyo rey Teodorico dió muerte á Busas, su jefe. Sin embargo cuando este príncipe abandonó el país que habían invadido, para descender á Italia, tornaron á ocuparlo (439); desde allí se lanzaron de vez en cuando sobre la Tracia, y acabaron por ser molestos vecinos para el imperio griego, á cuyo servicio se pusieron algunas veces. También fueron avasallados por el kahan de los ávaros, aunque reconquistaron su libertad y obedecieron á Cuvrato. Se ha conservado recuerdo de dos de sus hijos: Alzek, que habiendo acudido al socorro de Romualdo, duque de Benevento, recibió de su autoridad un condado; y Asparuko, que habiendo cruzado el Danubio con el grueso de su nación y vencido á los romanos, les impuso un tributo anual (676). Constantino Pogonato no pudo estorbar á los búlgaros ocupar las llanuras de la Mesia, donde fué fundado el reino de la Bulgaria.

Largas relaciones de vecindad con las naciones exclavas junto á las orillas septentrionales del Euxino y de Palus-Meótidas alteraron los dialectos búlgaros. Esto basta para explicar el error de algunos escritores que han pretendido enlazar á los búlgaros al tronco de los eslavos.

No nos ocuparemos en este libro de los pai-



ses situados á la extremidad del Asia, si bien se preparan allí dos grandes revoluciones en la religion y en la política por Boudha y por Mahoma.

## CAPITULO II

Justiniano

Si la casualidad ó la astucia no hubieran encumbrado á Justino al trono, Uprauda, su sobrino, nacido en la indigencia en Tauresa, junto á los confines de la Tracia y de la Iliria, hubiera vivido y hubiera muerto pastor en su obscuridad nativa. Su tío le hizo venir á la corte, y su nombre, traducido al estilo latino en el de Justiniano, nos recuerda al único grande hombre entre los que ocuparon ó embarazaron el palacio imperial de Constantinopla.

Se granjeaba el valimiento de su tío desembarazándole de Valieno. Sin embargo, por la hostia consagrada había prometido al enemigo del emperador la vida, y de esta suerte, sin haber desenvainado nunca la espada, se encontró á la cabeza de todos los ejércitos del imperio. Hízose grato á los ojos del pueblo mostrándose católico y gastando 280.000 monedas de oro en magníficas fiestas durante su consulado; también se granjeó el afecto de los senadores, que habían adquirido cierto poder bajo el débil Anastasio, y entre los cuales habían tomado puesto oficiales de la guardia del palacio, capaces de sostener ó de derrocar á una facción. Impelidos éstos por la sed de oro, suplicaron á Justino que adoptara á su sobrino por colega (519); aunque la envidia hizo murmurar a veterano, agotadas sus fuerzas por una herida, se decidió á dar la diadema á Justiniano en presencia de los senadores y del patriarca. Aquél fué saludado en el circo por el pueblo (1.º de Abril de 519), y habiendo muerto cuatro meses despues su tío, se vió á los cuarenta y cinco años soberano de Oriente.

Pero también él tenía un soberano. El cipriota Acacio, guarda de los osos de la facción de los verdes, dejó al morir en la más desastrosa miseria á su familia. ¿Qué hace su viuda? Un día de gran concurrencia expone en medio del circo á sus tres nietas, de las cuales la mayor no pasaba de siete años. Otórganlas los azules la compasión que las habían negado los

verdes y las toman bajo su patrocinio. Fueron, pues, entregadas á la prostitución antes de la edad las infelices. Teodora, que superaba á sus hermanas en belleza y en lujuria, era ensalzada hasta las nubes siempre que su pantomima imitaba en el teatro la alegría, el dolor, la embriaguez voluptuosa, ostentando además, en toda su desnudez, sus atractivos, de los cuales hacía tráfico con todo el que quería pagárselos. Aquel vergonzoso abuso de sus encantos no la estorbó ser madre de un hijo, que llevado por su padre á Arabia, fué en busca de Teodora uero que su situación había cambiado; inspiración bien funesta, puesto que desapareció al punto.

Advertida por un sueño ó por su ambición de que podía llegar á ser reina, adoptó un género de vida más regular, ya que no más casto, mostrándose modesta tanto en su casa como en sus vestidos. Justiniano, patricio entonces, se enamoró de ella tan perdidamente, que no gozó descanso hasta que la tuvo por esposa. Vedaban las leyes á los senadores contraer matrimonio con una mujer nacida en condición servil ó que hubiera salido al teatro, y la emperatriz jamás hubiera sufrido que ingresara en su familia una prostituta. Pero Justiniano aguardó á que muriera Lupicina, y sin tener en cuenta el dolor de su madre, en nombre de Justino abolió la antigua ley, «á fin de que quedara abierto el camino del arrepentimiento á aquellas que se hubieran prostituido en las tablas.»

Casóse con Teodora, y despues de la muerte de Justino la coronó, no sólo como emperatriz, sino también como su colega independiente, é hizo que los grandes del imperio la prestaran juramento. Ni aún la diatriba violenta de sus enemigos más encarnizados tacha la honestidad de Teodora desde que fué emperatriz; pero los hábitos de su juventud la hacían muy cuidadosa de su hermosura y la habían dejado afición á los placeres; así rodeada de doncellas y de eunucos iba á distraerse á las deliciosas casas de recreo que tenía á orillas del mar. Pasando allí del baño á la mesa, daba audiencia á los grandes personajes que acudían á reclamar su patrocinio; árbitra suprema de la voluntad de su marido, elevaba ó humillaba á su antojo. Allí amontonaba también tesoros por

miedo de que un capricho de la fortuna volviera á sepultarla en su nada. Además, asalariaba á una numerosa tropa de espías, y en virtud de sus denuncias hacía arrastrar á infelices á las cárceles particulares, de donde no salían nunca, ó que sólo abandonaban despues de mutilados.

Por lo demás, manifestaba gran devoción; Justiniano formó por su consejo muchos establecimientos piadosos, entre los cuales se contaba uno nuevo, destinado á recibir á quinientas mujeres de mala vida; á ella atribuía el emperador el mérito de sus leyes. Le auxilió no sólo con sus consejos, sino también con su valor, especialmente con motivo de las querellas suscitadas en el circo. Estas disensiones eran un manantial de discordia entre las familias y los estados, no ménos que en otros tiempos las facciones de los güelfos y gibelinos, de la rosa blanca y de la rosa encarnada; hasta las mujeres excluidas del circo tomaron parte en las divisiones, y sin el patrocinio de una facción nunca se llegaba á una dignidad ó á un empleo.

Pretendióse que los verdes defendían la casa y la herejía de Anastasio, á la par que los azules permanecían fieles á Justiniano y á la fé ortodoxa. Teodora sostenía á estos últimos en memoria del favor de que ella y sus hermanas habían sido objeto, con todas las intrigas y toda la obstinación de una ambición vengativa. Fuertes con tal apoyo duplicaban su insolencia, y vestidos á estilo de los bárbaros, se paseaban de día llevando ocultos puñales, y luego se reunían de noche en numerosas cuadrillas, permitiéndose toda clase de excesos contra los ciudadanos pacíficos y contra los verdes; de aquí resultaba que hasta en tiempo de paz ofrecía Constantinopla el aspecto de una ciudad tomada por asalto. La parcialidad imperial dejaba impune la violación, el sacrilegio, el asesinato, á la par que los que habían sido víctimas participaban de la exasperación de los verdes, ó se lanzaban á los bosques y á los caminos para vengarse con sus fechorías. Los magistrados que se aventuraban á perseguir á los criminales encontraban rudos obstáculos, ó tenían que arrepentirse cruelmente de su celo muy á menudo.

En el año quinto de su reinado, en la época

en que se celebraban los idus de Enero, asistía Justiniano á los juegos del circo; acababa de terminarse la vigésimasegunda carrera (había veintisiete), sin que se hubiese pronunciado ninguna palabra de aprobación ni de desaprobación, cuando se oye un ruido de repente, y exclaman los verdes: «¡Cuán desgraciados somos! Se nos oprime, aunque inocentes; se ejercen respecto de nuestro nombre y color tales persecuciones que no osamos tomar parte en las carreras. Rehúsanos toda justicia. Pronto estamos á morir ¡oh emperador! pero por vuestro servicio y vuestro mandato.»

Trató Justiniano de apaciguarlos echándoles en cara su conducta; irritados aquéllos, les responden con injurias; encolerizanse los azules y vienen á las manos con los verdes. Ejecútanse violencias por las dos partes; las cárceles se abren para los últimos, préndese fuego al palacio del prefecto; los bárbaros de la guardia, que no habían respetado á los eclesiásticos que habían acudido á calmar el tumulto, son rechazados. Bien pronto se combatió por todos lados, y el furor se aprovechó de todo lo que pudo; eleváronse las llamas homicidas en todos los barrios, y el grito de *Nika*, es decir, sed vencedor, fué la señal de una carnicería que ensangrentó á Bizancio durante cinco días (583).

Entonces se unen los azules y los verdes para quejarse de la administración de Justiniano, quien se vé precisado á deponer al cuestor Tribonio y al prefecto Juan de Capadocia; pero aumentándose el peligro se retiró á la ciudadela. También pensaba en huir por mar con su familia y sus tesoros, cuando le detiene Teodora, y manifestando valor en el momento que todos lo habían perdido, le dice: «El palacio imperial es un sepulcro glorioso; vale más que un miserable destierro ó una muerte vergonzosa.»

Permanece allí Justiniano, y con su consejo reanima las hostilidades que se habían apagado entre las dos facciones rivales. Para mostrar su arrepentimiento los azules, secundan los esfuerzos de los generales Belisario y Mundo; Hipacio, sobrino de Anastasio, á quien habían revestido los rebeldes con la púrpura, fué hecho prisionero y condenado á muerte con diez y ocho cómplices ilustres. Fueron arrasados sus palacios y sus cadáveres arrojados al mar.